

**LA POMADA MARAVILLOSA<sup>1</sup>**

**JUAN FILLOY**

**(Cuento Inédito, 1924)**

Sobre un coche descubierto, con tres serpientes por bufanda y una melena hirsuta semejante a la de la Gorgona, un mocetón robusto y corpulento ofrece una panacea de efectos mágicos.

Hay en su charla una facilidad persuasiva que convence hasta a los reacios, y en sus gestos nerviosos de cómico italiano una vehemencia que impresiona a su heterogéneo auditorio.

Él viene en gira de propaganda. Él no es un vulgar cuentero ni uno de esos estultos macaneadores de ferias y mercados. ¡No! Una importante casa de Norte América le ha confiado la misión de repetir la nobleza moral del buen samaritano. Su gira, pues, obedece a un magnánimo altruismo y a una filantropía acendrada.

Así lo dice. Y el público lo cree, con su ingenuidad de niño grande aún apegado a las faldas maternas.

Corroborando lo expuesto, en un rasgo magnífico, extrae de una valija colmada exteriormente de rótulos una cajita dorada, y clama: “He aquí el prodigio de la ciencia. No hay en la terapéutica moderna un producto superior en la eficacia curativa. Desde el callo más arraigado hasta el eczema más rebelde ceden a su acción”.

Y como nunca falta un fresco que vocifera su escepticismo, él, con un enojo simulado demostrando una indignación ficticia, mete nerviosamente los dedos en la cajita y se unta unos granitos *ex-profeso* que luce en la cara y el resto lo frota en la parte superior de la solapa de su saco.

---

<sup>1</sup> Este cuento fue cedido por Carlos Gazzera. Se publicó en Filloy Juan (2017), *Diez cuentos argentinos*, Villa María: Eduvim.

“¡Ya veréis su maravilloso resultado! –prorrumpe– Yo no quiero engañar a nadie. No me confundáis con los otros... Esta pomada elaborada con ingredientes originarios del trópico, es un remedio milagroso. Lo mismo cura el dolor de muelas que quita los tumores del estómago; lo mismo combate la calvicie que las afecciones al riñón. Y si por casualidad os habéis quemado o manchado la ropa, una sola aplicación basta para aplacar el dolor y extirpar la mancha.”

Entonces, previo a un chiste de ocasión, refriega su rostro y su saco con un trapo húmedo. Y orgulloso del éxito de su experiencia, con el cutis terso y la solapa limpia, inicia el expendio de su menjurje a un precio irrisorio, porque él “no puede cobrar más”, porque su misión “es de humanidad y no de lucro...”

¡Y vende que te vende! Hay que ver el afán de los oyentes para muñirse de esa panacea tan barata. Porque, según él, no ha traído más que unas cuantas cajitas. Pero, como por encanto se multiplican hasta complacer el interés de los compradores...

Después, cuando ha satisfecho el general anhelo, una prueba de prestidigitación aderezada con más pimienta que sal, retempla los ánimos de los circundantes. El agrado que produce su lata más que con su arte se refleja en su rostro lleno de perspicacia. Y, de inmediato, inicia otra más difícil, que precisamente deja en suspenso en el punto culminante en que el truco se efectúa... La curiosidad del público por conocer el resultado de la prueba es entonces nuevamente aprovechada por él, gran psicólogo de la multitud, empezando por exaltar el estupendo servicio que prestan dos objetos que presenta a la mirada de todos, absorta en las manos de su secretario, a fin de no dejar pasar la trampa...

De tal modo, sacando jugo a la exacerbada atención de los presentes, da comienzo a la venta de aparatos para hacer el moño de la corbata, más engorroso que

práctico, y la célebre piedra carborundum para afilar, cobrando por ella el doble de su valor real...

Por fin, ante su constatación de que todo *chamuyo* es inútil, haciendo mimos repelentes a sus serpientes, clausura risueñamente su negocio.

Y ¡la prueba! ¡Y la prueba!

Como era, en verdad, de imposible realización, él, que ha visto cientos de veces la misma ansiedad, la defrauda con un chiste cualquiera y un amable “adiós, hasta mañana”.

De tal suerte los compradores llegados a sus casas, con una secreta desconfianza y un cierto resquemor por un plantón infructuoso, arrojan a un rincón la pomada maravillosa.

Pero, al cabo de algún tiempo, una emergencia cualquiera despierta la idea de su aplicación. Va hacia ella. Y ¡oh sorpresa! la caja está vacía. Las ratas la han comido.

Entonces, sí, puede certificar su poder extraordinario en el incremento de esos asquerosos animalitos.

¡La panacea de aquel buen señor era un remedio estupendo contra la esterilidad de las señoras ratas!...